

Concurso “Siguiendo los pasos de nuestro hermano Francisco”

Etapas 1: “Los primeros pasos”

Texto base para la primera etapa

Francisco Bernardone nació en Asís, Italia, en 1181. Su padre, Pietro, era un rico comerciante de telas, y su madre, Pica, provenía de una familia noble. Desde pequeño, Francisco vivió rodeado de comodidades, aunque la gente le puso el apodo de “Francesco” (el francés), porque su padre comerciaba mucho con Francia, su nombre de bautizado era Juan. Desde joven mostró un espíritu inquieto: no se interesaba por los negocios familiares, y prefería disfrutar la vida, gastar dinero en fiestas con sus amigos.

Alrededor de los veinte años, Francisco, siguiendo sus sueños de ser caballero, se vio envuelto en las guerras entre Asís y Perugia. Fue capturado y pasó un año como prisionero, lo que lo enfermó gravemente y lo hizo reflexionar sobre su vida. Tiempo después volvió a la batalla pero un sueño lo detuvo: una voz le pedía cambiar de rumbo y dedicarse a algo más grande que la gloria militar. Así comenzó su camino de conversión, alejándose de los amigos y de la vida cómoda, dedicándose a la oración, la meditación y la compañía de los más necesitados.

Uno de los momentos que marcaron su vida fue encontrarse con un leproso que le pedía una limosna, sintió tal compasión que le dio un beso. Allí experimentó que Jesús habitaba en ese enfermo. Otra de las experiencias vividas ocurrió frente al crucifijo de la iglesia abandonada de San Damián, donde escuchó una voz que le decía: “Francisco, ve y repara mi Iglesia en ruinas”. Al principio, pensó que se refería a la capilla misma, y vendió algunas telas de su padre para restaurarla.

Francisco pasaba días en oración y ayuno. Una vez, regresó a su pueblo y estaba tan desfigurado y mal vestido que la gente se burlaba de él, como si fuese un loco. Su padre, indignado, lo llevó a su casa, lo golpeó, le puso cadenas en los pies y lo encerró en una habitación (Francisco tenía entonces 25 años). Su madre se encargó de ponerlo en libertad y él se fue a San Damián.

Su padre fue a buscarlo nuevamente y le dijo que volviera a su casa o que renunciara a su herencia y que le pague el precio de los vestidos que había vendido de su tienda. Francisco no tuvo problema en renunciar a la herencia, entonces su padre le obligó a ir con el obispo de Asís quien le sugirió devolver el dinero y tener confianza en Dios. Francisco se despojó de sus ropas delante del obispo y del pueblo, declarando que a partir de ese momento su verdadero Padre sería Dios, "De ahora en adelante", declaró, "diré 'Mi Padre que estás en los cielos', y no 'Mi padre Pietro Bernardone'". Así abrazó a la “Dama Pobreza”, comprometiéndose a vivir con lo mínimo, atendiendo a los enfermos y a los marginados de la sociedad.

Francisco empezó a predicar la paz, la igualdad, la renuncia a la riqueza y el amor a todas las criaturas. En 1208, mientras asistía a la misa del día de San Matías, Francisco oyó leer el Evangelio del día: “Y de camino proclamen que el reino de los cielos está cerca. Sanen a

los enfermos, resuciten a los muertos, limpien a los leprosos, expulsen a los demonios. Gratuitamente han recibido, gratuitamente deben dar. No lleven en el cinturón oro ni plata ni cobre, ni provisiones para el camino ni dos túnicas ni sandalias ni bastón. Que el trabajador tiene derecho a su sustento (Mateo 10, 7-10).

Al instante, Francisco reconoció el llamado de Dios en estas palabras de la Escritura. Era la forma de vida que había estado buscando. Era la forma que iba a seguir, literalmente, en cada detalle, hasta el día de su muerte.

Pronto se le unieron compañeros que compartían su visión, y en 1209 viajó a Roma con once de ellos para obtener la aprobación del Papa Inocencio III para su Regla, que establecía la vida de los Frailes Menores: pobreza, oración, trabajo y servicio a los demás. La pequeña iglesia de la Porciúncula se convirtió en la primera casa de la Orden.

En 1212, inspiró también a Clara de Asís y otras mujeres a seguir sus enseñanzas, fundando la Orden de las Clarisas, dedicadas a la oración y al servicio desde San Damián. La Orden creció rápidamente, y Francisco mismo viajó por Italia, Francia, España y Tierra Santa, incluyendo un histórico encuentro con el sultán de Egipto en 1219, durante la Quinta Cruzada, mostrando que la fe podía ser un puente de diálogo y respeto.

Su vida estuvo marcada por la austeridad y el sacrificio. En 1224, durante un ayuno de cuarenta días en el Monte Alvernia, recibió los estigmas, las heridas de la Pasión de Cristo, que lo acompañaron hasta su muerte. A pesar de sus problemas de salud y de casi perder la vista, continuó predicando, escribiendo el Cántico del Hermano Sol y cuidando de la naturaleza y de todos los seres vivos, viendo en cada creación un reflejo del Creador.

El 3 de octubre de 1226, a los 44 años de edad, Francisco murió en la Porciúncula, sobre la tierra desnuda, rodeado de sus hermanos y en paz con Dios. Dos años después fue canonizado por el Papa Gregorio IX. Su vida, aunque breve, dejó una huella profunda: enseñó a vivir con sencillez, a servir a los demás, a respetar la naturaleza y a buscar la paz. Hoy, su espíritu sigue inspirando a millones en todo el mundo, recordándonos que un corazón generoso puede cambiar la historia.